

BAUTISMO DEL SEÑOR [158] [273]**Meditación – 2024**

En esta meditación vamos a reflexionar y contemplar el Bautismo de nuestro Señor Jesucristo en el río Jordan. La fuente de esta meditación, de esta contemplación, es propiamente la Sagrada Escritura, todos los evangelistas lo refieren, Mateo, Marcos y Lucas detallan el hecho del Bautismo. San Juan va a referir, a través de las palabras del Bautista - *«cuando vino a mí»,* ya el Señor le había revelado *«aquel sobre el que veas descender el Espíritu Santo»-*, relata el hecho a través de las palabras del Bautista a los discípulos, ante los cuales después, también señalará como el Cordero de Dios y, ellos lo seguirán.

Para esta meditación, debemos tener en cuenta, en primer lugar el hecho, el dato revelado, la verdad de fe que hemos de contemplar. Somos conscientes de que si en algo no fuese verdadero, en algo fuese una fantasía, una suposición, no sería una verdadera contemplación sino un recordatorio de nuestra imaginación, de nuestra fantasía. Por eso debemos ir primero a la verdad, conocer verdaderamente el hecho para que después podamos contemplarlo, adorarlo en espíritu y en verdad y, de ahí vendrán los frutos que queremos adquirir, obtener, con esta contemplación.

Necesidad del Bautismo.

En primer lugar tomemos en cuenta la realidad, el Verbo Eterno Encarnado es el que se hace hombre y va a comenzar su vida pública. Dios Altísimo, Infinito, la Palabra Eterna de Dios, el Verbo Encarnado es el que, humillándose a Sí mismo, abajándose, va a recibir las aguas del Bautismo como revelación para nosotros.

Sabemos que Él no necesita el Bautismo, es la Santidad Infinita, no necesita corregir ningún pecado ni mortal, ni venial, no necesita corregir ninguna duda, ninguna dilación, ningún entorpecimiento de la vida espiritual, es absolutamente Santísimo, Divino, el Verbo Eterno y, en su naturaleza humana también. En Él reside la plenitud de la Divinidad, todo su ser Divino, *«se hizo semejante a nosotros menos en el pecado»*. La Santidad Infinita de Dios encarnada en la persona del Verbo, en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen María.

Ya vemos en eso un misterio, una revelación, un humillarse de Dios, porque el Verbo Infinito, siendo la Quietud Infinita en esa vida Trinitaria, se humilla, teniendo que caminar, trabajar, realizar las acciones de los hombres, teniendo que predicar la Palabra y toda la obra apostólica, como si fuese que necesitase caminar o predicar para revelarse al alma.

Dios, así se sujeta a las necesidades de nuestra naturaleza herida por el pecado. Ya eso es un misterio, que debemos llevar a la oración y a la contemplación. Baja al agua, no como pecador, sino para santificar las aguas, por eso veneramos esas benditas aguas del Jordan, donde no solo renovamos las promesas, sino que consideramos bendecidas y santificadas, porque Dios bajó a santificar el agua, Dios bajó a santificar el don del Bautismo, el que será, luego por Él, desde Él, sacramento de salvación para nosotros.

Es el Verbo Eterno, nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Es Él, el que viene a comenzar su misión pública. El Evangelio de San Lucas referirá que tenía como treinta años, los otros evangelistas dirán *«inmediatamente es llevado por el Espíritu Santo al desierto»*, para continuar e iniciar su obra apostólica, la de la Redención, la de la predicación del Reino de Dios, del Reino de los Cielos.

Nuestro Señor Jesucristo ha venido por nosotros, y en esta necesidad de formación, quisiera recomendar la lectura del Catecismo de la Iglesia Católica, de los numerales 1987 a 2011 que hablan de la justificación, la gracia y el mérito, porque dice: «solamente Él puede darse, donarse y revelarse» (nº 1998, **Catecismo**), Él viene a revelarse. Como vamos a ver en el Bautismo, por primera vez, públicamente se manifiesta la Santísima Trinidad. Ya había actuado y revelado ante la Santísima Virgen María en la Encarnación, en la Anunciación: el Espíritu Santo que va a cubrirla con su sombra, el Hijo que va a nacer y el Padre, que tanto envía al Arcángel Gabriel como que manifiesta el designio de dar su Hijo, el Hijo de Dios que va a nacer de la Santísima Virgen María. Pero eso fue en lo privado, en la intimidad de la oración y contemplación de la Inmaculada Virgen con la presencia de San Gabriel Arcángel.

Ahora va a ser público, pero tengamos en cuenta estas verdades de fe: Nuestro Señor Jesucristo, consciente, absolutamente consciente de toda la obra de la Salvación, quiere iniciarlo por lo principal y absolutamente fundamental de la vida espiritual, de la vida de salvación de las almas, que es el Bautismo, sin el cuál no hay salvación. Lo recordará el Señor en el momento de ascender. Ahora inicia la obra salvadora, cuando asciende concluye la revelación pública de su manifestación, nos recordará «vayan a toda la creación, hagan que se bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»¹, el que crea se salvará, el que no se condenará, como toda su obra salvífica.

Hay muchos errores que han circulado que debemos tener en cuenta que no se nos metan en nuestra fé, que no dañen nuestra fe y por tanto nuestra contemplación. Algunos dicen que Nuestro Señor Jesucristo fue “adquiriendo conciencia de su divinidad” cuando va desarrollando su naturaleza humana y llega al pleno uso de la razón.

Otros, que es casi rozando la herejía, puede derivar en ella, es la de decir que, nuestro Señor Jesucristo en el Bautismo “toma conciencia de su misión y de su ser”. Los autores tomistas aclaran que Cristo no es un profeta y, mucho menos un autómatas que desarrolló toda su vida hasta los 30 años y recién, toma conciencia de quién es. No. Lo dirá ya en el templo: *«¿No sabíais que debía estar en la casa de Mi Padre?»*². (**Lc 2, 49**), más todo lo que ya sabemos de la Divina Revelación. Él ya sabe, Él ve, Él es su propia esencia divina, ve el rostro de su Padre, goza de esa visión beatífica. El Papa Pío XII, en la encíclica *Mystici corporis* lo recordaba: «desde el primer instante de su concepción abraza a todos los redimidos con esa voluntad salvífica». Ya los tiene en cuenta.

¹ Mt 28, 19-20.

² Lc 2, 49.

Las palabras de la carta a los Hebreos dicen: *«be aquí que vengo para hacer Tu voluntad. No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me diste un cuerpo»*³, el cual inmola en este servicio de salvación.

“Me diste un cuerpo”, nó “me darás un cuerpo”, esa conciencia absoluta de cara al Padre es desde el primer instante de su concepción. Él no viene a enterarse, no lo sorprende la voz del Padre o la acción del Espíritu Santo.

Hijos de Dios.

Luego instituye esta gracia para manifestarnos el ser hijos de Dios y que nos participa el ser hijos en el Hijo, nos va a dar a través del Bautismo la vida divina. Por eso es verdaderamente ya, como obra de la gracia, una apertura, todo el misterio salvífico con una clave absoluta, no va a ser la bondad, las virtudes, sino el ser hijos de Dios, esta manifestación trinitaria, para decirnos que nos hace hijos en el Hijo, el cual será amado, revelado por el Padre y también por la acción del Espíritu Santo que descenderá sobre Él.

Esto es clave, porque sólo por el Bautismo somos hijos de Dios. En el primer capítulo, llamado prólogo de San Juan, él, que también va a mencionar al Bautista nos dirá: *«vino a traernos o a darnos la gracia de poder llegar a ser hijos de Dios»*⁴, como lo refiere el Catecismo. No podíamos ser, no lo éramos, si no llegar a ser hijos de Dios por la Encarnación del Verbo, por el Bautismo, por toda su Pasión, por todo el misterio de la Redención.

Nuestro “ser hijos de Dios” va a tener su clave en este misterio Trinitario, en este Bautismo del Señor. Podemos decir que en el Bautismo de nuestro Señor Jesucristo contemplamos toda la obra de la Redención, no solo por el culmen que el Señor nos recordará en la Ascensión de ir a bautizar a todas las criaturas, a todos los seres humanos, de la religión que sean o ateos, sino porque la meta del Bautismo, de la Pasión y de la Resurrección de Cristo es instaurar en nosotros la vida Trinitaria.

Cuando hablamos de vida espiritual y, durante este retiro estamos alimentando nuestra vida espiritual, no hablamos de una vida reflexiva, vida de valores, vida inmaterial como opuesta a la vida material, carnal, física, sino que estamos hablando concreta y únicamente de vida Trinitaria. La vida espiritual, lo que nos aumenta y alimenta, el pan de vida, es la vida Trinitaria, Cristocéntrica y a través de Cristo con el Padre y el Espíritu Santo.

No confundamos vida espiritual con “ciertas capacidades”, -o reflexivas, o de un cierto desapego, o de tener una mirada superior a la natural, o la de más afecto hacia los demás o respeto-, es la vida del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, en cada uno de nosotros.

³ Hb 10, 5-7 ‘Sacrificio y oblación no los quisiste, pero un cuerpo me has preparado. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo –así está escrito de Mí en el rollo del Libro– para hacer, oh Dios, tu voluntad’.

⁴ Jn 1,12.

Por lo cual, y es el misterio de la gracia, 2 de Pedro 1, 3-4, dirá: *«por la gracia nos hace - consortes divinae naturae-, participantes de la naturaleza divina»*, de esa vida divina. El numeral 1996⁵, 1997⁶ y 1998⁷ del Catecismo habla particularmente sobre la gracia.

No reduzcamos a algo escenográfico que es sólo en la vida de Cristo, que va a suceder el Bautismo para a Él, sino que todo es participación. Sí contemplamos cualquiera de los misterios de la vida de Cristo, si nos ha permitido contemplarlo y conocerlo es porque quiere participárnoslo.

Ya vamos meditando cada uno en su interior que me quiere participar, cómo acepto esta participación, cómo vivo el Bautismo, verdaderamente lo vivo en la vida Trinitaria o, como suele pasar, pensamos que la Santísima Trinidad es un misterio complicado, sólo para almas místicas, cuando en verdad, estamos sumergidos en el misterio Trinitario.

Con estas premisas de las verdades de la fe podemos sumergirnos a contemplar el misterio. San Ignacio de Loyola recomienda ese introducirse en el hecho, en el misterio, en la escena, rodeados del frío, del calor, de las plantas, de la vegetación, de las personas, de las actitudes. Poder sumergirnos en eso, hasta el punto de sentirnos allí presentes para aprender, sobre todo por esta mirada interior del alma, no sólo por la reflexión analítica de un texto. Sumergirnos significa haber repasado, haber leído los Evangelios sobre el Bautismo del Señor.

«Entonces Jesús fue de Galilea al Jordán a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan quería impedirselo y le decía: “Yo tengo necesidad de ser bautizado por Ti y ¿Tú vienes a mí?”

Jesús le respondió y dijo: “Deja ahora; porque así conviene que nosotros cumplamos toda justicia”. Entonces (Juan) le dejó.

Bautizado Jesús, salió al punto del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios, en figura de paloma, que descendía y venía sobre Él. Y una voz del cielo decía: “Este es mi Hijo, el Amado, en quien me complazco». (Mt 3, 13-17).

Nuestro Señor Jesucristo desciende, se hace presente al Bautista, por supuesto el Bautista, estaba bautizando en el río Jordan, cuando ve aparecer a nuestro Señor Jesucristo le dice: *«soy yo el que debe ser bautizado por Ti y ¿Tú vienes a mí?»*, y el Señor le dice que obedezca, que continúe, que lo haga *«porque debe ser cumplida toda justicia»*. La justicia es la nuestra, la que debemos recibir, la justificación, justicia del designio divino, el decreto del Padre de concedernos la vida Trinitaria a través del Bautismo.

⁵ [1996] Nuestra justificación es obra de la gracia de Dios. La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12-18), hijos adoptivos (cf Rm 8, 14-17), participes de la naturaleza divina (cf 2 P 1, 3-4), de la vida eterna (cf Jn 17, 3).

⁶ [1997] La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como “hijo adoptivo” puede ahora llamar “Padre” a Dios, en unión con el Hijo único. Recibe la vida del Espíritu que le infunde la caridad y que forma la Iglesia.

⁷ [1998] Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda creatura (cf 1 Co 2, 7-9)

El Señor viene a obedecer y a obedecer hasta la muerte y muerte en cruz, y no como una imposición externa sino amando exactamente eso, ese don, esa entrega en la cruz, esta humillación, ama lo que el Padre ama, ama lo que el Espíritu Santo ama, son un solo Dios.

El Espíritu Santo.

El Señor recibe humildemente el Bautismo, aunque no lo necesitaba, el Señor se sumerge en el agua, el Bautista le infunde el agua. Podemos también servirnos de la contemplación de las visiones de algunos místicos, por ejemplo, la beata Catalina Emmerick. Ella refiere el hecho⁸ y cómo -siguiendo el Evangelio, no hay contradicción- cuando el Señor sale del agua, habiendo recibido este Bautismo de penitencia, de signo, manifiesta cómo el Espíritu Santo desciende sobre nuestro Señor Jesucristo como una paloma y se escucha la voz del Padre que dice: «*este es mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia*».

Un detalle para la contemplación es comprender este hecho, no desciende un animal, una paloma, desciende el Espíritu Santo y dice como paloma, a la manera de una paloma, con forma material de una paloma. La beata Catalina Emmerick dirá: «ví una nube luminosa que descendía sobre Él y como una figura alada». Otros místicos dicen que el Espíritu Santo desciende como luz con una suavidad, como desplegando toda la suavidad divina y va a descender a nuestro Señor Jesucristo, por eso da la impresión de paloma, es evidente por el relato evangélico mismo, no dice color de la paloma, tamaño, algún detalle y al bajar, al decir que se posa sobre nuestro Señor Jesucristo, no habla de la cabeza, del hombro, nada.

Este misterio quiere manifestar, esta manifestación del Espíritu Santo que no es sólo nube como en el Tabor, o el poder con su sombra que cubrió a la Inmaculada Virgen María para que se encarnará el Verbo. Nos refiere la suavidad con la que obra el Espíritu Santo, en primer lugar, la paz divina, que desciende, que viene a traer a la tierra. Segundo, dicen los Santos Padres que desciende como un **igual**, no desciende como un superior a un inferior, no viene como un rayo necesitado, que Cristo lo necesitara, no viene como un águila que se posase sobre una presa a la cual va a tomar, sino con la absoluta suavidad de igual a igual. Es Él, como el mismo Espíritu Santo que habita en Él se manifiesta para nosotros, nó porque Cristo lo necesitara. Y el Padre Eterno manifiesta: «*este es mi Hijo amado*

⁸ «Había ya bautizado a muchos y eran como las diez de la mañana, cuando le tocó el turno a Jesús, que bajó a la fuente. Entonces se inclinó Juan ante Él y dijo: «Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?...» Jesús le contestó: «Deja ahora que se haga esto; es menester que cumplamos toda justicia: que tú me bautices y Yo sea por ti bautizado.» [...]

Jesús bajó a la fuente, donde quedó cubierto por las aguas hasta el pecho. Con la mano izquierda se asió a la palmera y puso la derecha en el pecho, mientras la faja blanca flotaba sobre las aguas. Juan estaba en la parte sur de la fuente; tenía en la mano un recipiente de borde ancho del cual salía el agua por tres aberturas [...]. No recuerdo bien las palabras que dijo Juan al bautizar, pero fueron más o menos éstas: «Jehová, por medio de los Serafines y Querubines, derrame su bendición sobre Ti, con ciencia, inteligencia y fortaleza». No recuerdo bien si fueron estas tres últimas palabras; pero eran tres gracias o dones para el espíritu, el alma y el cuerpo. [...]

Cuando estaban por subir las gradas para salir de la fuente se oyó la voz de Dios sobre Jesús, detenido solo en la piedra en oración. Llegó como una ráfaga de viento desde el cielo y un trueno; de modo que todos los presentes se atemorizaron y miraron hacia arriba. Descendió una nube blanca luminosa, y yo vi una figura alada sobre Jesús, que le llenó como un torrente. He visto el cielo abierto, y vi la aparición del Padre celestial en forma y rostro común, y oí la voz que resonaba: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias*». Era una voz como dentro del trueno. Jesús estaba completamente rodeado de luz y apenas se le podía mirar: su rostro era transparente. He visto ángeles en tomo de Él.»

en quien me complazco». Aquel gran Yahve que solo se conocía así, se manifiesta ahora como un Dios Trinitario: Padre, Hijo encarnado y el Espíritu Santo.

«*En quien me complazco*» significa propiamente, en quien está puesta toda mi complacencia. No podemos reducir esta expresión bíblica, Trinitaria de nuestro Señor Jesucristo, a un simple decir o “que me gusta”, o “que me agrada”, o “me cae simpático”. La complacencia divina solamente puede estar en Dios, si Dios se complaciera en algo inferior, hallase sus complacencias en algo creado, no sería Dios. En algo inferior a Él no puede complacerse, porque el Señor, el infinito Amor solamente puede complacerse en el Amor infinito. La infinita belleza, el perfecto orden infinito eterno y toda su majestad, solamente halla complacencia en su propia esencia divina, en su propio Hijo, en su propio Espíritu Santo, ellos en su propio Padre.

Está hablando justamente, estas mismas palabras: que solamente Él le agrada, solamente Él es su Hijo, solamente Él le agrada y por tanto le agrada plenamente, absolutamente, es decir, es una proclamación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Aquel Santísimo Infinito Padre, o digamos como antes lo conocían solamente como Yahve, por su infinita santidad no tiene nada que ver con lo creado, con las criaturas y más con el pecado, de ahí que los judíos se escandalizan cuando un supuestamente santo o profeta, o supuesto para ellos, para ellos “supuesto Mesías” se junte con pecadores, porque la santidad de Dios es esa absoluta trascendencia y lejanía de todo lo que es defectuoso, manchado, sucio moralmente del pecado, por eso ellos supuestamente, digamos así, se escandalizaban -porque a veces también había falso escándalo-, era solamente para poder atacarlo a Cristo.

El hecho que Dios se pueda complacer está manifestando absolutamente la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Sabemos que el Verbo eterno se unió a su propia carne tomada, nacida, de la Purísima Virgen María realizando una unión hipostática, perfecta, infinita. El Señor no viene a habitar en un envase de la naturaleza humana, sino que se une estrechísima e infinitamente a la naturaleza humana divinizándola, a tal punto que podemos, y lo hacemos, adorar su Cuerpo, su Sangre, su Rostro, incluso sus Llagas. Si no se hubiese unido infinitamente a su naturaleza humana, tomada de la Virgen María, no podríamos adorar su Cuerpo, adoraríamos solamente su Divinidad y, con esto hablo de la Eucaristía, sus Llagas, todo lo que adoramos, porque todo es adorable de nuestro Señor Jesucristo.

Volvamos a este hecho, que debemos llevarlo al silencio, al interior de nuestras almas, contemplarlo allí, ver la infinita majestad de esta Trinidad, de este Espíritu Santo o paloma mística que desciende con luz, que desciende con la suavidad, que viene a envolver como un igual a nuestro Señor Jesucristo. La voz del Padre que estremece de temor santo y de gozo, tanto el Bautista como aquellos que ya esperaban al Mesías anunciado por el Bautista, aquellos que vieron la santidad del Bautista, aquellos que tuvieron miedo a sus advertencias -porque en el Evangelio de Mateo decía que estaba advirtiéndoles a los judíos y fariseos que eran *«raza de víboras ¿quién os ha enseñado a huir de la ira a venidera?»*-, ver que de repente, exulta de gozo el Bautista después de este acto de humildad de tener que él mismo, bautizar al Mesías, al Ungido del Señor, al Cordero, porque ha venido para ser cordero y morir en la cruz.

Nosotros tenemos que quedarnos con este hecho, aquí ya está todo el misterio revelado. Todo el plan salvífico, todo lo que el Señor realizará con el misterio pascual de pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo está aquí: revelarnos para donarnos su vida Trinitaria.

Vida Trinitaria.

Cuán inmenso es el amor de Dios, que no nos ha dado una vida espiritual como hoy se piensa, tan superficial, una especie de energía, o capacidades inmateriales reflexivas o de quietamiento, de relajación, de respiración y otras cosas que vienen, sobre todo de influencia oriental, budista, hinduista, ese tipo de cosas, eso no es vida espiritual. Es Su propia Vida divina participada en nosotros: *«el que cumpla mis mandamientos me amará y será amado por mi Padre y vendremos a él y habitaremos en él»*⁹; consortes divinae naturae, participantes de la naturaleza divina, de la vida divina propiamente, es ese infinito amor de Dios que quiere habitar entre nosotros, el Emanuel. Esa es la vida espiritual, la vida espiritual es Cristo y por Él, el Padre y el Espíritu Santo.

Dirá San Pablo *«para mí la vida es Cristo»*, por eso pensemos ¿cuál es nuestra vida espiritual? A veces nos ofuscamos en un defecto, en una lucha, o pensamos que nuestra santidad es rezar mucho, mortificarse mucho, o hacer mucho apostolado. No, no, **la vida espiritual es Cristo**, es mi amor a Jesucristo, es vivir esta vida Trinitaria, **es sumergirme en el amor de la Santísima Trinidad**. No podemos olvidar, descuidar, o dejar a un costado de nuestra vida interior, la vida Trinitaria.

Los frutos de esta meditación, de comprender el amor infinito que Dios nos tiene y que nos quiere participar es sumergirnos cada vez más en la vida Trinitaria, que significa también actos propios de amor al Padre y al Espíritu Santo. Algunas personas, parece hasta que le rezan el Padre nuestro a nuestro Señor Jesucristo, por falta de formación. Nosotros tenemos que comprender que, verdaderamente somos templos de la Santísima Trinidad.

¿Qué se desprende de esta meditación? en primer lugar, si bien vamos a ir al lado positivo de esa contemplación, en primer lugar, un odio incontenible al pecado, incontenible al pecado no a los pecadores, o a nosotros como pecadores, odio al pecado. El pecado se llama mortal, cuando es mortal por supuesto, justamente porque mata mi alma al expulsar a la Santísima Trinidad de mi alma. La peor desgracia que un bautizado puede cometer es pecar, por eso los santos nos dirán, como Santo Domingo Savio: “morir antes que pecar”. Y, muchas madres de fe, -hoy hay muy poca fe lamentablemente entre los católicos, como nuestro Señor dice: *«cuando el Hijo del hombre venga encontrará fe sobre la Tierra?»*¹⁰ - antes era muy frecuente escuchar una madre decir: “prefiero ver a mi hijo muerto que en pecado mortal”. Hoy parece que somos más astutos que las personas que tenían fe y decimos: “no, mi hijo se puede confesar después”. Podemos abusar de la Misericordia divina. Sin embargo, tenemos grandes ejemplos de los santos: a San Expedito el demonio le decía: “mañana, convertirte mañana, o se mártir mañana”. La Iglesia hoy!, hoy!, yo no voy a abusar de la Misericordia divina. El hecho que Dios sea bueno me hace amarlo más y odiar el ofenderlo,

⁹ Jn 14, 21.

¹⁰ Lc 18, 8.

y no posponer la confesión, y no posponer mi conversión para mañana porque Él sea bueno. Esa falsa acusación del demonio que te dice: “no tengas miedo, ¿que Dios es tan malo que te va a hacer morir esta noche para que mueras el pecado mortal?” no, no, eso es una mirada carnal que mira la comodidad del alma, no al amor de Dios, al aborrecimiento del pecado.

El pecado es lo que el Señor viene a destruir, a pagar con su Pasión, a liberarnos de la muerte del pecado que destruye la vida Trinitaria. Por eso, si hay algo que más odie el demonio es la gracia, la vida de la gracia. La oración, que ya es una gracia y que nos acerca a la vida de la gracia -si estamos en pecado, para obtener la gracia de la conversión, y si ya estamos en estado de gracia ya estamos en comunión por la gracia santificante con la Santísima Trinidad-, esa oración es relación con la Trinidad, es unión con la Trinidad.

El demonio puede darnos riqueza, bienestar, cierto en el grado de salud en cuanto a retraer los síntomas de alguna enfermedad, porque no es dueño de la vida, puede darnos fama, éxito, mucho éxito, mientras nos tenga en pecado mortal o nos esté llevando al pecado mortal. Lo que destruye la vida espiritual y nos lleva a la condenación eterna, lo que desprecia esta vida Trinitaria es el pecado mortal. Por eso si queremos vivir, ser templos del Espíritu Santo, dicen los santos que no podemos ser templos del pecado, ni uno solo, porque si es mortal ya ha despreciado voluntaria y decididamente la vida Trinitaria, la vida bautismal en nosotros.

En segundo lugar como fruto de esta meditación, de este sumergirnos en ese infinito amor de Dios es vivir en la Trinidad. La Iglesia Católica ya lo ha realizado, no es un invento nuestro, ni es un propósito de esta meditación, pero no tomamos conciencia, no lo gozamos, no hacemos que esto se infunda en nuestra vida. Por tanto, todo lo que hacemos: la oración, a veces el trabajo, todo lo que hacemos, lo hacemos en nombre de la Trinidad, y parece que no nos damos cuenta, o terminado nos olvidamos, por eso es fundamental que aunque sea una vez al día, una vez al día, con mucha tranquilidad, con mucha quietud, con mucha paz interior, hagamos la señal de la cruz con toda conciencia y muy lentamente. Ser consciente que estoy haciendo esto, lo voy a hacer con decidida voluntad de hacerlo en el nombre del Padre, y del Hijo y, pensar en el Hijo, contemplar al Padre, contemplar al Hijo y del Espíritu Santo, esto lo quiero hacer con Dios Padre, lo quiero hacer en el Hijo, lo quiero hacer movido por el Espíritu Santo. Para que no asociemos con la rutina y el movimiento material que es santísimo, por supuesto, hacerlo sin las manos para entender esto: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, del único, verdadero Dios.

Por supuesto que la señal de la cruz es la Cruz, como van a meditar luego, es la plenitud de la revelación Trinitaria, es la plenitud de la revelación del amor infinito del Hijo que se dona al Padre por el Espíritu Santo -que por eso dicen los santos: “no invocó al Espíritu Santo en la cruz porque estaba en Él, como Él en el Padre y el Padre en Él, pero manifestaba que toda esa Pasión era por amor al Padre, para gloria del Padre y redención nuestra.

Es fundamental que tomemos conciencia, **todo lo hacemos en el nombre de la Santísima Trinidad**, porque es la vida que tenemos dentro de la gracia, tenemos dentro

nuestro por la gracia. No descuidemos esta realidad, no lo tomemos, como decía al principio, como algo místico no, no, solamente en la cuarta morada se empieza a comprender y solamente se le alcanza en la sexta o séptima morada del Castillo Interior de Santa Teresa. Debemos vivir de esa manera. Es verdad que San Ignacio de Loyola, años antes de su muerte, con una total transformación en Cristo por la gracia, por la vida Trinitaria bautismal, llegó un momento que no podía hacer ni siquiera la señal de la cruz, porque el solo empezar a hacer la señal de la santa cruz, ya quedaba en éxtasis. Venían los arrobamientos y quedaba en una contemplación infusa de esa Trinidad de Dios. Aprendamos de él, tomemos con respeto no sólo el gesto y la invocación de la Santísima Trinidad, que lo merecen absoluta y eternamente, allí esa beatísima Trinidad contemplada por los Ángeles que la adoran postrados diciendo: Santo, Santo, Santo, sino que debemos sumergirnos y también tener respeto a nosotros mismos. Somos templos del Espíritu Santo y de la Trinidad Santísima, no tenemos que mendigarle nada a este mundo. No tenemos que mendigarle nada al dinero, a la ropa, a las marcas, a las modas, no tenemos que vivir para el físico, para nada de este mundo.

Hablando sobre la filiación divina hay una anécdota, no recuerdo bien el libro, una princesa que maltrataba a los súbditos, y cuando en un momento no le obedecen porque ya los torturaba y era injusta en sus demandas esta princesa les dice: “¿pero es que acaso ustedes no saben que yo soy la hija del rey?” como diciendo, puedo todo contra ustedes, merezco todo de ustedes, y este súbdito que era bautizado dice: “¿Acaso usted no sabe que yo soy hijo de Dios y merezco todo el respeto?” y todo lo que consideraba también injusticia, era un reino cristiano, una anécdota real.

¿Somos realmente conscientes de esa realidad? si nosotros tomásemos conciencia, contemplando el Bautismo del Señor de que nos ha venido a participar **su propia vida Trinitaria**, esa sola contemplación nos elevaría. Primero, una confianza infinita e ilimitada, ¡despojémonos de esa visión superficial, barata, mundana, del cielo como lugar de gozos solamente, como si fuese que estamos en una nube sentados y escuchando música angélica! No, no. Estamos inmersos en el gozo infinito del Amor infinito, de la vida trinitaria. Esa donación trinitaria del Padre, que se dona totalmente al Hijo por el amor del Espíritu Santo. El Hijo que se entrega, y se dona totalmente al Padre con todo su Ser infinito, aunque es la misma infinitud del Padre y del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, que une al Padre y al Hijo y al Hijo con el Padre, como olvidándose y donándose totalmente Él para esta unión de amor, etc., esa donación de amor, esa vida Trinitaria de amor, es lo que se nos va a dar a nosotros y lo que va a originar el gozo infinito, la luz infinita, esa alegría perpetua, esa comunión de los santos por esa vida trinitaria. No es el tema propiamente de la bienaventuranza eterna, pero todo eso está ahora revelado en primer lugar en el Bautismo del Señor, aún cuando nuestro Señor comenzara su vida pública en toda la humillación de la sencillez humana. Volverá a caminar, a padecer hambre, frío, sed en el desierto, y todas las humillaciones a las que se va a sujetar. Plenitud de esa vida trinitaria que ya estaba en María, fue oculta y perfectísima, como ninguna otra criatura ni toda la Iglesia junta alcanzará. La desarrolló y la vivió en plenitud en Nazaret en la vida oculta, limpiando, cocinando, cociendo, en la vida por supuesto con San José y con el Verbo Eterno Encarnado, nuestro Señor Jesucristo creciendo, viviendo su adolescencia y demás.

Por eso recordemos esto, **el verdadero fruto va a ser una confianza infinita en el amor que Dios nos tiene porque quiere darnos esta vida Trinitaria suya propia**, el gozo, la dignidad, la elevación, se seguirán muchísimos frutos. Pidamos que el Espíritu Santo nos revele, así como ha descendido sobre nuestro Señor Jesucristo en el Bautismo, nos revele este dulcísimo misterio que vamos a contemplar en este retiro, en los Misterios Luminosos, la fiesta del Bautismo del Señor y, permanentemente por nuestra vida bautismal. Allí comienza todo, allí está todo el amor de Dios revelado que nos será donado totalmente con el Misterio Pascual y en la plenitud de la vida celestial.

Pongamos propósitos muy concretos. El Señor le inspirará a cada uno de ustedes propósitos muy concretos, para ser conscientes de la vida Trinitaria, para honrar a la Santísima Trinidad, para vivir como templos del Espíritu Santo y, que no puede haber un deseo mayor que esa vida Trinitaria. Que no se nos metan, que no se nos mezclen ideas confusas sobre la vida espiritual, sino todo lo que sea para creer, amar y esperar más al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Concluamos con una oración.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Te damos gracias Señor, por los buenos propósitos, afectos e inspiraciones que nos has comunicado en este tiempo de reflexión. Te pedimos tu ayuda para ponerlos por obra. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.